

MIGUEL DE MOLINOS: EN DEFENSA DE LA NADA

MIGUEL DE MOLINOS: IN DEFENSE OF NOTHINGNESS

Daniel Seabra Perucho

https://doi.org/10.26754/ojs_arif/a.rif.2026112757

Ezquerria Gómez, J. (2025): *Miguel de Molinos. Una defensa*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 428 pp.

En *La Philosophie au Moyen Âge* Étienne Gilson distingue dos tradiciones cristianas cuyo núcleo radica, en última instancia, en la interpretación que se haga del término *Λόγος* (*lógos*) en el evangelio de Juan. La primera daría lugar a un cristianismo helenizado, una tradición que mantendría, bajo un velo religioso, los problemas filosóficos heredados de la antigüedad clásica; la segunda, a un helenismo cristianizado, que subordina conceptos otrora usados por filósofos a una función exclusivamente religiosa, ritual. La primera necesita todavía de la *razón* mientras que la segunda se basta con la *fe*. Todos los autores cristianos se mueven entre estas coordenadas, y desde cualquier posición puede profesarse un cristianismo de la más estricta ortodoxia. Miguel de Molinos y los quietistas se cuentan, ciertamente, entre los primeros.

Un eclesiástico, informante del autor del *Recueil [de diverses pièces concernant le quietisme et les quietistes]*, Jean Cornand de la Crose, le confesaba a este que la mayoría de los quietistas eran personas instruidas “que abrumaban a sus adversarios con tantas razones, citas y autoridades que todos los teólogos escolásticos del mundo no hubieran sido capaces de confundirlos: de tal modo que fue preciso que interviniera la Iglesia para cerrarles la boca por su autoridad”. Entre los quietistas, los inquisidores encontraron gente informada, resuelta y firme (p. 363).

Los quietistas sabían lo que hacían, y Molinos no era un hereje sino un autor que había sido (intencionadamente) malinterpretado por algunos de sus lectores. Así, «en prisión [...] no se lamentaba de haber defendido las ideas que había defendido, sino de “lo que se había divulgado de sus dogmas”» (p. 394). Miguel de Molinos, el místico de Muniesa, fue víctima de una injusta condena y de un

injusto juicio que «merece figurar en la historia universal de la infamia» (p. 27). Jesús Ezquerro Gómez hace, en estas páginas, suya la tarea de *redimirlo* (en el sentido que él mismo da a la tarea benjaminiana de «redimir un ayer frustrado, truncado, abortado [...] de hacer justicia a las víctimas de antaño [haciendo] nuestros sus anhelos, sus exigencias, sus preguntas» [p. 14]).

Ezquerro no escribe como teólogo ni como cristiano, escribe como filósofo. Así, es muy consciente de que «al hereje no se le desenmascara sino que se le *fabrica*, no se le descubre sino que se le *construye*, no se le describe sino que se le *crea* [...] es la obra maestra de un artista incomprendido: el inquisidor» (p. 21). Sin embargo, no se limita a reseñar el interés filosófico de la doctrina del de Muniesa sino que, como indica en el propio título, hace suya la causa de defender su *ortodoxia* frente a las calumnias inquisitoriales. Aplicándose a la tarea de *redención*, hace suyo el “anhelo” del Molinos encerrado en las cárceles de la Inquisición: demostrar lo errado de “lo que se ha divulgado de sus dogmas”.

La defensa se abre con una introducción dedicada a exponer el sentido benjaminiano de la *redención* de la historia. Le siguen nueve capítulos dedicados a los primeros años de Molinos, desde su nacimiento en Muniesa, sus años de formación en Valencia, sus primeros textos y su viaje a Roma para defender la causa de beatificación de Francisco Jerónimo Simón. Los capítulos 10 al 13 están dedicados a exponer la *Guía espiritual*. Los capítulos 14 a 21 exponen la recepción de la *Guía*, los ataques e intrigas que culminaron en el proceso, que continuará tratando entre los capítulos 24 y 35, mientras que los 22 y 23 exponen el contexto teológico-político de la denuncia: el enfrentamiento del papa Inocencio XI con Luis XIV y las intrigas del Cardenal d'Estrées, antiguo amigo y denunciante de Molinos, en servicio del segundo. Al capítulo 36, sobre los últimos días de Molinos en prisión, sigue un apéndice en que se trata, ahora sí, a Molinos como filósofo, situando su doctrina en la historia de las ideas a través del concepto de *nada*.

La *Guía* tiene un papel central en el libro, como lo tuvo en vida de Molinos, pero ello no la convierte en *el proyecto* de su vida, no hace de Molinos autor “de un solo libro”, como indica el propio Ezquerro

Timeo hominem unius libri, es decir, temo al hombre de un solo libro. Esta aserción atribuida a Tomás de Aquino la encontré manuscrita y asignada a Agustín de Hipona en la portada del ejemplar que poseo [...] de la *Guía espiritual*. Algún anterior propietario del libro la había escrito mostrando así su hostilidad al místico aragonés. Dejando de lado lo acertado o no de la frase en cuestión, hay que dejar claro que Molinos *no es autor de un solo libro*. Antes de la *Guía* había escrito y publicado [...] un opúsculo sobre la comunión cotidiana y la detención y la condena de su

autor interrumpieron la redacción de la *Defensa de la contemplación* [...] Además, ya en prisión sabemos por compañeros suyos de cautiverio que estaba escribiendo un libro “en honor a la santa Virgen”. Molinos no fue un autor de un solo libro, sino alguien a quien quebraron violentamente sus alas de escritor (p. 237).

No nos vamos a detener en los primeros años de Molinos, a los que dedica Ezquerria los primeros capítulos, ni en su defensa de la *comunidad cotidiana*, pero no podemos dejar de señalar el motivo que le llevó a Roma —donde pasaría el resto de sus días— pues ya en él queda de manifiesto que su religiosidad, su cristianismo, es para gente *sencilla, simple*, lejos de las intrigas y juegos de poder que acabarían con él, y ello no en desmedro, como veremos, de su profunda filosofía. Molinos fue el enviado a Roma para defender la causa de beatificación de Francisco Jerónimo Simón, personaje valenciano controvertido, que enfrentó al pueblo con la curia, y en cuya persona se manifestaba la contradicción entre «dos concepciones opuestas de la religión y de la vida. Una de ellas generosa, ingenua, optimista, luminosa, festiva, espontánea, cálida, inclinada a dejarse convencer de la pureza y bondad del prójimo» (p. 23). Esta, por supuesto, era la suya, también la de Molinos y del pueblo Valenciano. «La otra [la de la curia, era] mezquina, resabiada, pesimista, sombría, reservada, calculadora, fría, pronta a desconfiar y a pensar mal del otro» (p. 23). La causa de la beatificación estaba llamada al fracaso, sea como fuere, Molinos ya estaba en Roma, donde escribiría su *Guía*.

La *Guía* no es sólo obra de un teólogo. No es un tratado doctrinal. El poeta José Ángel Valente distinguió en ella tres ritmos distintos, que se correspondían a cada una de sus tres partes. Ezquerria retoma esta distinción, aunque defiende que a lo largo de todo el texto se despliegan estos ritmos, y de ningún modo pueden hacerse coincidir con cada una de las partes. En la *Guía* se dan cita «la palabra del *teólogo* (ritmo expositivo), la del *predicador* (ritmo aforístico) y, finalmente, la del *poeta* (ritmo poético)» (p. 119). En efecto, la *Guía*, uno de los más bellos pero menos valorados textos del Barroco español, es la obra de un poeta, de «un poeta *in partibus infidelium*, es decir, perdido en lo que Paul Hazard ha denominado “una época sin poesía”» (p. 120). En la *Guía*, Molinos se dirige a las *almas* (¿la suya o a la del lector?), por eso escribe siempre usando el femenino. Quizás, por eso mismo, quienes la condenaron no fueron capaces de escuchar a Molinos, pues el proceso a que fue sometido Molinos sólo puede describirse como una *conjuración de desalmados*.

La tesis fundamental de la *Guía*, como señala Ezquerria y señaló ya en una monografía anterior (*El profundo de la nada. El desapego de Dios en el místico aragonés Miguel de Molinos*, 2014), es la que sigue: *el alma debe vaciarse, sumirse en el profundo de la nada, para así llenarse del todo que es Dios*. Debe vaciarse, esto es, *desapegarse*, no

sólo de sí misma, sino incluso del mismo Dios. El *desapego de Dios*, sin embargo, es mencionado explícitamente por Molinos en solo una ocasión, pues aquí el místico queda ya a su propia merced, una vez que *el alma se ha desapegado de sí* ha quedado ya a la deriva, el autor no puede acompañarnos: «Molinos, como buen místico, se limita a describir el *camino* que conduce a la unión con Dios [...] se sitúa del lado de lo decible, del discurso, del *lógos*. Pero si Molinos habla es para que el guiado encuentre al fin *el silencio que lo dice todo* [...] Ninguna palabra puede dar cuenta cabal de Dios cuando hemos llegado a ser indiscernibles de Él» (p. 121). La palabra del místico siempre termina en un decepcionante silencio: «el *Vérbo*, como sabe todo verdadero cristiano, consiste finalmente en *decir su propia muerte*» (p. 122). Menos de tres décadas tras la muerte de Descartes, en el siglo de los grandes cartesianos, en los años del *ego* moderno, la propuesta de Molinos es radical:

El problema que plantea el yo es no solamente que está lleno de sí mismo sino que además llena todo lo demás vaciándolo de sí. Todo queda ocupado, invadido, usurpado por el yo: la naturaleza, Dios y hasta nosotros mismos. Y en este mismo gesto totalitario quedan negados la naturaleza, Dios y nosotros mismos. ¿Qué es, en efecto, la naturaleza sin un yo que la contemple, la mida, la formalice, la legisle, la desvele y la saquee? ¿Qué es Dios sin un yo que le rece, que lo imagine, que le implore que lo suplante y que lo demuestre? ¿Qué soy, finalmente, fuera de un yo al que referir todo lo demás? La respuesta a estas preguntas es: *nada*. El yo ha *anulado* la realidad natural, la realidad divina e incluso la propia realidad personal. Frente a esta desrealización Molinos imprime un giro de ciento ochenta grados al rumbo aniquilador que ha seguido la modernidad desde Descartes. ¿Qué pasaría si en vez de *llenar vaciáramos*? Vaciémonos, de entrada, a nosotros mismos, tal vez entonces empezarían a cobrar una nueva presencia la naturaleza, Dios y eso que quizás seamos verdaderamente (p. 157).

Vaciémonos de nosotros mismos para llenarnos de Dios. ¿Y qué es Dios? No otra cosa que la nada resultante de habernos vaciados de toda cosa. «Dios es nada en el sentido de que no es nada finito» (p. 403). Ezquerria, ciertamente, ha escrito una apasionada defensa (como también apasionados han sido los ataques hasta bien entrado el s. XX, véase por ejemplo el caso de Paul Dudon) de Molinos. Ha demostrado la ortodoxia de su doctrina. El texto es, al mismo tiempo, una *defensa de la nada*. Así queda patente en el apéndice, una breve exposición del desarrollo de este concepto en la tradición filosófica que, a través del Pseudo-Dionisio y Juan Escoto Eriúgena (pp. 400-401), va desde Platón hasta Molinos (p. 398 ss.). Dios es una «nada que [lo] es todo» (p. 397),

el problema de una divinidad así es que ha sido excogitada por y para filósofos. Es abstracta, intelectual, fría, inhumana. Resulta absurdo arrodillarse ante ella, bailar o hacerle sacrificios. Sería como arrodillarse, bailar o hacer sacrificios ante una contradicción, ante una aporía. Como sabía Molinos, toda manifestación cultural ante un Dios así resulta extemporánea, ociosa, ridícula. Lo único que cabe hacer es entender su inteligibilidad y aceptar y asumir el apagón anímico en que nos sume ese cortocircuito mental (p. 402).

La mística —no sólo la de Molinos— es siempre cercana al *ateísmo* (el ateo *pierde a Dios* mientras que el místico *se pierde en Dios* [p. 181]). Ambos se encuentran, como escribe Angelus Silesius en el *Cherubinischer Wandersmann*, en un desierto *más allá* de Dios (p. 135). Ambos se encuentran sumidos *en el profundo de la nada*.

Daniel Seabra Perucho
Universidad de Zaragoza
dansperucho@gmail.com
dseabra2@alumno.uned.es